

norman birnbaum*

las crisis
norteamericanas**

Washington, diciembre 1980. Las noticias en esta capital tienen la apariencia de un montaje grotesco. El presidente electo ostentosa-mente evita nombrar a su equipo administrativo y formular políticas. A tres semanas de que asuma el cargo, los nuevos líderes del gobierno y sus programas (de los cuales tan sólo conocemos un poco) comienzan a ser criticados. Nuestra prensa es políticamente servil y espiritualmente vacía; sin embargo, aparentemente, ha perdido la fe en sus propios patrones establecidos.

De éstos, uno de los más comunes es aquél que dice que las últimas elecciones representan un cambio decisivo en nuestra política. Ahora, sorpresivamente, este patrón tan convencional no está tan alejado de la realidad. Las elecciones establecen una condición de hecho. En tanto que vivimos en una sociedad dominada por la élite corporativa del sector privado, la ciudadanía, profundamente intranquila y escéptica, ha juzgado que la iniciativa privada también es responsable directo en la conducción de los asuntos de la nación. Aquéllos que deploran las consecuencias de la supremacía del mercantilismo han demostrado poca

* Norman Birnbaum es profesor en el Centro de Leyes de la Universidad de Georgetown, y miembro del equipo editorial del semanario **The Nation** y la revista cultural y política **Partisan Review**. Trabajó con el Senador Kennedy durante la campaña presidencial; es Consejero de varios miembros del Congreso y del Senado, y presidente del Comité Político Consultivo de la nueva Coalición Demócrata, un grupo dentro del Partido Demócrata.

** Traducción del inglés por Martha Guadalupe Alcalá Carrenzo.

capacidad para atacarlo directamente y nos ha dejado lo peor de ambos mundos. Un sector privado rapaz y un sector público incompetente, actuando individual y conjuntamente, nos han acercado considerablemente al borde del abismo. Una productividad en declive, una mayor competitividad en los mercados mundiales, un doble índice inflacionario, un desempleo en gran escala, conflictos culturales irreconciliables y amplios sectores de rechazo y deterioro social presagian una convulsión social dentro de nuestras fronteras. Una nueva serie de acciones riesgosas poco meditadas, todas llevadas a cabo en el extranjero (mitigadas de alguna forma, con toda seguridad, por el doloroso reconocimiento por parte de nuestra élite del hecho de que nuestro pueblo quiere los frutos del imperio, pero se muestra extremadamente reacio a pagar el precio de éstos en sangre y riqueza), amenazan con desatar la guerra, tal vez hasta un catastrófico conflicto termonuclear.

Este ensayo pretende apuntar los lineamientos de la crisis norteamericana, pero eludiendo –para empezar– una noción de crisis total. La crisis total bien podría llegar, pero por el momento nos enfrentamos a una serie de crisis parciales o sectoriales –con impactos altamente diferenciados en los distintos elementos de nuestra sociedad. La verdadera fragmentación de la historia, como la han experimentado **dos millones de norteamericanos**, se añade a su sentido de confusión y desorientación. Estamos a escasos veinte años de que finalice el siglo: una desesperación milenaria nos puede esperar; sin embargo no nos hemos dado cuenta. Leamos el periódico o veamos la televisión. A la muerte de John Lennon le siguió inmediatamente una declaración del presidente electo Ronald Reagan, deplorando el asesinato, pero, al mismo tiempo, asegurando a los votantes, con determinada idea de libertad, que permanecía inalterablemente opuesto a las leyes que controlan la venta de armas. El año pasado se reportaron en nuestro país 340 000 crímenes con armas de fuego, y 300 en la República Federal Alemana. En el área Metropolitana de Boston el transporte público se suspendió por una temporada, debido a la carencia de fondos. Tal parece que una Comisión Presidencial para desarrollar ideas para la próxima década, pronto emitirá una útil recomendación a los habitantes de las económicamente agobiadas ciudades del norte (Boston, Chicago, Detroit, Nueva York y Filadelfia, entre otras), la cual consistirá en la emigración hacia el sur y el oeste. Mientras tanto, los consejeros de la defensa del presidente electo conminan a que prosigamos de manera simultánea con un nuevo sistema de proyectiles con bases terrestres móviles, con el reforzamiento de los silos de proyectiles ya existentes, con un nuevo bombardeo, con una gran expansión de la marina de guerra y con el desarrollo de armas laser en el espacio exterior. La

Compañía Grumman, que será la que fabrique parte de este equipo, ha tenido que reconocer un pequeño error técnico: los nuevos autobuses producidos para la ciudad de Nueva York se han estado cayendo en pedazos.

Por otro lado, gran número de localidades se han aterrorizado por el descubrimiento de desechos químicos o radioactivos o por accidentes en los transportes de substancias peligrosas. Sin embargo, los ecologistas han sido tachados de "extremistas" por un Secretario del Interior recientemente designado, quien los considera un obstáculo para el desarrollo económico.

El enfurecido ataque a la homosexualidad por un sector de la opinión pública, que sin vacilación se autodetermina "Cristiana", no ha sido mitigado del todo, debido a la triste suerte de uno de sus más sobresalientes portavoces en el Congreso —arrestado por solicitar al género masculino favores de tipo sexual. Finalmente, una camarilla de sicópatas que se mueven alrededor de la nueva Familia Presidencial, ha asegurado a la nación que los Reagan le devolverán el "estilo" a la Casa Blanca. Sin embargo, todo lo que sabemos hasta este momento es que los conceptos que la señora Reagan tiene sobre lo que es "estilo", fueron compatibles con un vulgar intento de que los Carter se marcharon de la Casa Blanca antes de que el periodo presidencial terminara. Decididamente, lo absurdo y lo criminal, el desacierto y la **torpeza**, la ignorancia y la estupidez, son características a las que no escapan nuestros asuntos de Estado.

Los Estados Unidos están pagando el precio de la disolución de la cultura burguesa —sin haber, en alguna ocasión, gozado de sus beneficios. La versión norteamericana de la cultura burguesa fue confinada a una clase media de profesionales y comerciantes en el noreste, cuyo dominio terminó al finalizar el siglo. **Homines novi** procedentes de la industria los habían reemplazado como una élite económica y política. La élite más antigua (representada por las personas del primer Roosevelt, Wilson y el segundo Roosevelt) dirigió la nada insignificante labor de reconciliar la reforma con el imperio —hasta que fue reemplazado (un proceso que duró desde el New Deal [Nuevo Trato] hasta la Administración Kennedy) por un grupo aun más nuevo de **arribistas** tecnócratas. Mientras tanto, se incrementó la extraordinaria diversidad de una población alterada por las olas de inmigrantes, que tuvieron lugar durante el periodo comprendido entre la Guerra civil y la Primera Guerra Mundial. Un modelo blanco de cultura Anglo-Sajona, protestante en el exterior pero carente de una esencia metafísica, fue el estándar nacional hasta 1914. Ahora podríamos apreciar que el tan discutido "crisol" de principio y a mediados del siglo XX, ni nos legó una nueva configuración de valores de tipo norteamericano, ni un

espíritu nacional único. En lugar de ello, fue un Estado tendiente a la situación actual —un pluralismo frenético e incierto.

Ese pluralismo es cada vez más notable bajo la luz de la homogeneización de la cultura de masas, efectuada primero por la prensa, después por el cine y finalmente por la radio y la televisión. Theodor Adorno y Max Horkheimer difícilmente podrían haber escrito su famoso ensayo sobre “La Industria Cultural” si no hubieran emigrado a los Estados Unidos. La cultura es una industria en los Estados Unidos, y funciona de acuerdo con las reglas del más avanzado mercado capitalista: concentración oligopólica, fabricación de la demanda del consumidor, exclusión sistemática de los criterios del interés público o valores con excepción de aquéllos que ofrecen la maximización de las ventajas del mercado. La suposición de que el pueblo norteamericano está constituido por una masa amorfa de pasivos consumidores de productos culturales baratos es, sin embargo, una simplificación absurda.

La existencia familiar y comunista de la mayoría de los norteamericanos continúa moldeada por las tradiciones étnicas y modificada ocasionalmente por lineamientos de clase. Sin duda, durante un largo periodo, la clase y la etnia estuvieron íntimamente relacionadas —conforme las sucesivas olas de inmigrantes tenían acceso a las posiciones disponibles dentro del sistema económico (generalmente las más bajas). Las iglesias fueron el eje de la separación étnica cultural y social, cultivando lo que pudiera quedar de la tradición. La tradición religiosa norteamericana y la Constitución proveen la separación entre la Iglesia y el Estado. Los estudiosos europeos sobre Norteamérica, desde De Tocqueville, han destacado la forma en que este hecho ha permitido que las iglesias organicen áreas enteras de nuestra cultura y sociedad. La clase, el grupo étnico y la religión han proporcionado, por lo tanto, los elementos de una cultura nacional invisible ahora en su forma más pura. Indudablemente, la marca característica de nuestra cultura es su calidad segmentada.

Seguramente, durante largos periodos los elementos en la cima influenciaron a aquéllos de la base. Aun cuando la población ya establecida atacó a los inmigrantes Católicos procedentes del este y del sur de Europa, el Catolicismo Norteamericano fue adquiriendo una característica protestante. El **etos** económico de un capitalismo en expansión favoreció a los grupos que estaban culturalmente preparados. La Judería Norteamericana, compuesta por gente muy religiosa, acostumbrada también a ocupar posiciones marginales en la economía, prosperaron notablemente. Algunos de los orígenes del sentimiento antinegro podrían encontrarse en la distinción de la cultura Afro-Norteamericana: los negros, como algo a su favor, no pensaban ni sentían como los europeos del

norte. Por tanto, la segmentación se combinó con la jerarquía por un tiempo: recordemos el extraordinario poco interés de la mayoría de los norteamericanos, a lo largo de la mayor parte de nuestra historia, por lograr la integridad de la cultura India.

Esta jerarquía está ahora en duda. Mucho se ha hecho con base en la "Mayoría Moralista", que es un grupo organizado de Protestantes fundamentalistas con puntos de vista cultural y sistemáticamente rígidos. Esto se manifestaba en su oposición al aborto y a los derechos de las mujeres, su obsesión a nociones de esfuerzo y mérito individuales, falsificados miles de veces al día por los verdaderos trabajadores de nuestra economía —ellos encarnan una revuelta antimetropolitana en nuestra cultura. Además se muestran inquietos con el poder soviético (y vieron en el Tratado del Canal de Panamá la mano del Anticristo). Realmente, esta "Mayoría Moralista", reserva la mayor parte de su antipatía para nuestra élite de universidades, para aquellas que controlan en su totalidad los medios, para esa serie de actitudes sociales vagamente cosmopolitas y algo cultas a las que denominamos "liberales". La "Mayoría moralista", la cual realmente se organizó a sí misma políticamente para apoyar a Reagan y otros candiatos, y que se unió a organizaciones publicitarias de derechos que emplean bancos de datos, publicidad televisiva y otros recursos de la política moderna, tiene raíces profundas en nuestro pasado, y son algunos de los más recientes de una serie de ataques fundamentalistas en un mundo que se ha vuelto intolerable a causa de su gran complejidad. Además, aparte de su identidad de Protestante, la "Mayoría Moralista" puede confiar en el apoyo de un gran número de Católicos —quienes, como los Protestantes, conciben a la cultura moderna como una amenaza a los valores de la familia, del trabajo y recompensa, alrededor de los cuales ellos organizan sus vidas. De una manera sorprendente, éstos pueden confiar, si no en el apoyo, sí en la condescendencia de un número de intelectuales de la voz. Algunos de ellos, indudablemente, son Judíos.

El grupo cultural conocido como los Neoconservadores es afecto a condenar el modernismo, a repudiar el movimiento feminista, a concebir a la homosexualidad como una aberración repugnante que amerita las más enérgicas medidas de defensa por parte de la sociedad. (Uno de sus portavoces relaciona la reciente tolerancia norteamericana a la homosexualidad como un debilitamiento general de la voluntad nacional, particularmente evidente en lo que él entiende como una "Cultura de Apaciguamiento"; esto es, una tendencia a preferir la negociación que la oposición militar con la Unión Soviética. El hecho de que los miembros pongan en práctica estos valores en sus propias vidas no parece preocuparles en lo más mínimo: ellos son buenos, en cierto modo, como los

circos Romanos y los simples placeres de los pobres de Edmund Burke, para gente común.).

Mientras esta sociedad avanza a tumbos hacia el siglo XXI, ¿por qué los valores primitivos o de la mitad del siglo XIX (en una forma en la cual, aún entonces, era primitiva) salieron a flote? Una parte de la respuesta se encuentra en la singular combinación norteamericana, no desconocida en otras naciones, de Libertinaje en la cima y Puritanismo en el centro. La clase media propaga imágenes de los estándares de vida de los prósperos, lo que aparentemente excita una envidia y un resentimiento que no pueden ser aceptados. Bebel describió el antisemitismo como el socialismo de los tontos. El enojo moral, evidente en la cultura norteamericana, podría ser el socialismo de los provincianos. El fenómeno, sin embargo, es evidencia del fracaso nacional en dos formas que al final pueden convertirse en nuestra incapacidad para diseñar, no obstante nuestra promesa de igualdad, una cultura democrática.

Estados Unidos ha sido una de las naciones que se enorgullece de sus instituciones de educación pública. Indudablemente, siempre existió en la educación un sector privado (algunas veces basado en la clase, otras en la confesión, y varias en ambos). La mayoría de los norteamericanos han gozado hasta este momento de educación pública; sin embargo, ese sistema no ha sido un medio de instrucción. Sometido a todo tipo de presiones y prejuicios locales, apoyados por un cuerpo de maestros que no gozan invariablemente de un gran prestigio público, nuestras escuelas (y, ahora parece que también nuestras instituciones de educación superior) nos ha fallado. En lugar de preparar una ciudadanía crítica y activa, las escuelas generalmente han reproducido los valores e ideologías de los segmentos de la sociedad a los cuales pertenecen. La crítica usual de la escuela norteamericana como "anti-intelectual" está fuera de lugar: su intelectualidad ha estado al servicio de un contexto local o provincial. Así no es sorprendente que muchos millones de ciudadanos no hayan sido capaces de resistir las terribles simplificaciones culturales de la rejuvenecida derecha. Por otro lado, la mayoría de los norteamericanos carecen de recursos culturales para establecer una conexión intelectual entre las estructuras de su vida diaria y el largo proceso histórico de su sociedad, quienes consecuentemente para llegar a una interpretación se encuentran en gran medida a merced de los medios. Muchos norteamericanos poseen (y expresan) puntos de vista críticos de su sociedad —sin olvidar a nuestras élites— que permanecen generalmente difusos e infundados.

Gran parte de la responsabilidad por la falla de nuestra sociedad en la generación de una cultura democrática, debe ser atribuida a

los graduados (y profesores) de nuestras universidades. Como muestra, tomemos el grupo que tiene una edad entre 25 y 40 años: el 20 por ciento de esta categoría ha completado cuatro años de educación superior. Asimismo hay analistas políticos que insisten en que el nuevo conflicto de clases norteamericanas opone una clase trabajadora menos preparada a una élite universitaria educada de clase media alta —lo que sucede, tal vez— que está marcadamente bien integrada en los negocios, el gobierno y las profesiones. El *etos* predominante de nuestras universidades es tecnocrático: la producción de cantidades delimitadas de conocimiento para el uso de las agencias de poder existentes.

Aquellas personas relacionadas con las artes y la reflexión tienen las funciones de ornamentos o son sucesores modernos de los mandarines. No hay duda, la experiencia de la década de 1960-1970 ha dejado sus huellas, y un redespertar político de millones de individuos quienes entonces fueron estudiantes y ahora son ciudadanos nominales, es siempre posible. Por el momento, esa década parece haber producido una cultura, un estilo de vida, relativamente aislado de la política —más nueva y superior forma de consumo del ser. (El más reciente y discutido trabajo de crítica social del historiador Christopher Lasch se titula **The Culture of Narcissism**— La Cultura del Narcisismo. Las universidades, en el último análisis, han estado incapacitadas para enseñar a la nación cómo conectar las vidas privadas con la esfera pública —desde el momento en que las universidades carecen de todo, menos de una concepción convencional de nuestra vida pública. Los Estados Unidos son una sociedad en la cual, aparentemente, mucho ocurre a la luz pública; entonces, parecerá paradójico afirmar que, no obstante, carecemos de un espacio público, es decir, un foro.

Las vidas de la mayoría de los norteamericanos están organizadas alrededor de sus profesiones, sus familias, sus iglesias y comunidades, de lo que Ronald Reagan habló cuando en su campaña prometió restituir a la nación la “comunidad”, “la familia” y el “trabajo” (sin especificar por quién o cómo estaban amenazados). Así lo que estos conceptos significan, en su lenguaje podría inferirse a partir de otro pronunciamiento. Asimismo, al designar Reagan a los ciudadanos que integrarían su Gabinete, dijo que sólo seleccionaría a aquéllos para quienes el servicio público representaba un “paso abajo”; del mismo modo estuvo básica y ostensiblemente hablando de los ejecutivos corporativos, cuyos salarios en el sector privado con frecuencia son tres, cuatro o cinco veces tan grandes como de los más altos funcionarios públicos. Sin embargo, también (sin darse cuenta) denigró sistemáticamente la esfera pública. La negativa de que esta esfera tiene su propia

dignidad es una antipolítica norteamericana que es, por supuesto, una versión particularmente ciega de la política. Desde el momento en que se interpreta a esta esfera como una fuente de valores, nuestra cultura –por toda su libertad y vitalidad– permanecerá subdesarrollada.

Reagan recuerda mucho al sucesor de Woodrow Wilson como presidente, Warren Harding, cuya contribución más memorable a nuestra historia fue la frase hecha de que el negocio de Norteamérica es el negocio. No obstante, para lo que en realidad es una civilización de negocios, estamos haciéndolo pobremente. Nuestra participación en el mercado internacional ha disminuido y continúa descendiendo. Las industrias principales, como la automotriz, del hierro y del acero, se encuentran en un colapso. Carecemos virtualmente de una política (Reagan dice que se la dejará al “mercado”) para enfrentarnos al aumento en el precio del petróleo, y por lo tanto, estamos a merced del próximo embargo en el suministro de este energético. La calidad de los bienes manufacturados norteamericanos no es invariablemente espléndida. Se alega que la productividad está en declive, pero los expertos argumentan (por supuesto) sobre los hallazgos y, sobre todo, sobre las causas. La inflación continúa en un 12 por ciento anual, y la tasa básica del interés sobre el capital es, al escribir esto, del 20 por ciento. Muchas empresas están siendo forzadas a reducir la inversión, y los posibles compradores de vivienda (más importantes aquí que la mayoría de los países) están imposibilitados para afrontar las tasas de interés. El desempleo continúa alto, al ocho por ciento de la fuerza laboral, y especialmente alto entre los negros y los negros más jóvenes de las zonas urbanas –donde es del 40 por ciento, con consecuencias obvias sobre los índices de drogadicción y crímenes.

Reagan ganó las elecciones, si creemos en las encuestas, debido al gran descontento popular con respecto al desempeño económico de la administración Carter. Para decirlo con mayor precisión, Carter perdió las elecciones. Las propias promesas electorales de Reagan en materia económica fueron lo suficientemente absurdas como para haber sido descritas como “economías del vudú”, por su entonces oponente, en su campaña primaria, el Vicepresidente electo George Bush. Se comprometió a incrementar el gasto armamentista; a reducir los impuestos y a recortar el presupuesto federal en general. Cuando llegamos al punto de la reducción de impuestos, el recién designado Secretario del Tesoro de Reagan (el principal funcionario económico en el gobierno) es un experto en esto. Donald Reagan es el presidente de la más grande firma en el campo de los servicios financieros, tales como la venta de acciones y bonos. La firma se encuentra actualmente bajo investigación del Servicio Interno de Ingresos por los planes que ofrece a sus

clientes para disminuir o evadir el pago de impuestos. Como Secretario del Tesoro, Donald Reagan estará a cargo del Servicio Interno de Ingresos. El secretario del Interior nombrado por el Presidente, James Watts, será el mayor guardia nacional de las tierras públicas y de nuestros recursos naturales en general. A Watts, un enconado y profesional oponente del movimiento ambiental, se le ha escuchado decir que hay algo equivocado con el término de las tierras públicas. En resumen, el Presidente, aparentemente, propone turnar el manejo de la economía a aquellos quienes se han distinguido por su larga carrera en el sector privado. Sin embargo, el más importante funcionario administrativo del nuevo gobierno, será un joven congresista David Stockman, quien tomará a su cargo la oficina de presupuesto y administración. Esta oficina prepara las administraciones federales anuales e inspecciona sus gastos. Stockman ha expuesto su plan para curar nuestros males económicos nacionales. Vincula las reducciones inmediatas a los impuestos de las personas y principalmente a las empresas con grandes cortes en el gasto social. Según la **explicación teórica**, los fondos no gastados en los impuestos serán invertidos, dándonos una nueva base económica y reduciendo la inflación mediante el aumento en la producción de los bienes de capital y servicios. Stockman, increíblemente, ignora la posibilidad de que los fondos que se ahorran no llegarán a ser inversiones productivas –sino que se convertirán en inversiones especulativas o en inversiones en el extranjero. No menos increíble es el hecho de que ignora la posibilidad real de que las reducciones en el gasto social provocarán convulsiones sociales de una y otra especie. Los hombres de negocios, economistas y políticos republicanos están hondamente divididos en este asunto. Por el momento, todo lo que nosotros podemos decir es que la nueva administración procurará ayudar a las empresas, aunque podría aun ser incapaz de hacerlo.

La incoherencia del ingreso gubernamental refleja los conflictos estructurales en la economía. La incidencia en la inflación y el desempleo es, después de todo, altamente desigual. Esas decenas de millones de norteamericanos que compraron casas hace años, a bajas tasas de interés y bajos precios, la están pasando bien. La clase media blanca está en gran medida aislada del desempleo. Regiones enteras (los estados del suroeste), a pesar de los terribles momentos de privación, están prosperando, mientras otras (el noreste) se encuentran en serio declive. Donde la inflación amenaza el empleo familiar, las mujeres han ingresado al mercado de trabajo. (Cerca de seis de cada diez mujeres casadas trabajan.) Ellas hacen esto percibiendo menores ingresos en sectores no sindicalizados, pero su contribución al gasto familiar evita priva-

ciones. Hace poco tiempo era posible hablar del aproximadamente 20 por ciento de la fuerza de trabajo que estaba sindicalizada como la relativamente privilegiada, y todavía pueden encontrarse economistas académicos que no tienen nada mejor que hacer que atribuir la inflación a los altos salarios exigidos por los sindicatos. Esto, en mucho, era verdad: en aquellos sectores de la industria más sindicalizados, los sindicatos se concentraban en negociaciones con el capital y aumentaban los estándares de vida de sus miembros por arriba del promedio nacional. Ahora, sin embargo, estamos experimentando la emergencia de dos tipos de sindicalistas. Muchos sindicalistas (sea dicho de paso, muchos de ellos negros) están en los trabajos con menores ingresos, en los más bajos puestos de servicio público, es decir, en ocupaciones semi-especializadas. Sus salarios están, sin duda, arriba del promedio nacional. De más importancia para el futuro es que sus intereses y aquellos de los sindicalistas mejor pagados no coinciden. Con su proporción relativamente pequeña de la fuerza de trabajo, los sindicatos han encontrado que es cada vez más difícil el evitar la influencia política de una manera decisiva. En áreas enteras del país, como en el sur y suroeste, están casi del todo ausentes —o enfrascados en encarnizadas luchas para unir una fuerza de trabajo que ve al capital como algo relativamente benigno. Bajo estas circunstancias, la tradicional resistencia del sindicalismo norteamericano para confrontar puntos tales como la participación del trabajador en la administración, mucho menos en la estructura del capital en sí, ha sido reforzada. En realidad, sólo en un problema concreto, los sindicatos ahora están empezando a participar. Los miembros de los sindicatos (y también otros trabajadores) invierten sus ahorros en fondos de pensiones privados, los cuales a su vez se distribuyen de acuerdo con un criterio mercantil. Entonces, los ahorros de un sindicalista del noreste pueden ser utilizados por una empresa para establecerse en alguna parte del país donde el trabajo no se encuentre organizado —y, por lo tanto, sea más barato— o para expatriar el capital a otro país. Sin embargo, es difícil ver cómo estos puntos pueden ser constreñidos en un contexto en el cual la regulación social (mucho menos la propiedad) del capital se considera como una idea absolutamente extraña o irrefutable o excéntricamente impráctica.

Tal vez los Estados Unidos podrían superar su crisis económica. Un programa para la construcción del transporte masivo, para mejorar el aislamiento de los hogares, reduciría el desempleo y haría posible ahorros de energía a largo plazo. La reconstrucción de las ciudades (las más viejas necesitan nuevos sistemas de agua y las más nuevas son casos de estudio en la patología del crecimiento urbano incontrolado) sería deseable. La dirección de la inver-

sión hacia nuevas industrias con potencial en el mercado mundial podría enmendar la posición de la Nación en el mercado. Se habla mucho de la "reindustrialización" de Norteamérica y de la pequeña indicación concreta de cómo puede ser lograda —dada la soberanía absoluta del mercado en la opinión, tanto popular como de la élite.

Mientras tanto, es el mercado mismo el que acentúa la crisis. La menor calidad de los bienes norteamericanos, en muchos casos, parece ser una consecuencia de la tendencia de las firmas norteamericanas por obtener una rápida recuperación del capital. John Kenneth Galbraith ha escrito acerca de las cabezas de sector privado como el "sector planificador", pero, curiosamente, la planeación parece ser a corto plazo en nuestras corporaciones. (Somos testigos del fiasco de la industria automotriz, cuyos administradores pensaron que los carros encomizadores de combustible eran una moda pasajera.) La inflación pudo ser causada, cuando menos, por la alta estructura de las firmas norteamericanas. Una pleyade de gerentes y empleados administrativos descansa en una base productiva declinante —particularmente donde, como en el caso de las multinacionales, la producción y la distribución están localizadas fuera del país. La industria de defensa consume dos tercios del gasto nacional para investigación y desarrollo; es capital intensivo y no trabajo intensivo (por lo tanto no crea empleos) y en su estructura de utilidades es altamente inflacionaria. Las ganancias a corto plazo en la inversión, con una gran mezcla de especulación, ha reemplazado el viejo **etos** yanqui de producción.

Bajo estas circunstancias, la búsqueda popular de una explicación sobre la inflación y la penuria económica ha sido enfocada hacia el gobierno. Una campaña bien planeada y generosamente financiada en los medios, buscando centros de investigación y universidades, ha convencido a muchos norteamericanos de que el gobierno (exceptuando el gasto de la defensa, por supuesto) es, por definición, ineficiente y oneroso. La campaña tuvo éxito debido principalmente a que estuvo relacionada con un profundo estrato en nuestra cultura. La noción de una esfera pública, de un interés público, parece menos convincente que la idea de la primacía moral del mercado. La idea de **res publica** tiene sus defensores (la intensa campaña de la empresa corporativa y sus servidores intelectuales en contra de la regulación federal de la economía atestiguan esto), pero han tomado posiciones a la defensiva. La reforma social norteamericana tiene enormes triunfos a su favor, pero estos fueron paleativos y correctivos, ofreciendo por implicación y no directamente, una versión alterna de comunidad y sociedad. Las dificultades económicas que siguieron al programa

de la Gran Sociedad de Johnson, debidas principalmente a su financiamiento de la guerra de Vietnam mediante la inflación, encontraron partido en la reforma, en la cual no encontró terreno para retroceder. En ausencia de una tradición socialista, las peticiones de la izquierda norteamericana para manejar un capitalismo se volvieron incontrollables, cuando eran particularmente vacías.

Los Quijotes, vestidos con trajes sostenidos por alfileres, secundados por los Sancho Panzas de nuestra vida intelectual, los hombres de negocios de Norteamérica, están inclinándose ante los molinos de viento del Presupuesto Federal —cuando, todo lo que se encuentra alrededor de ellos, su propio aparato productivo—, está en desorden. Los más lúcidos y sofisticados entre ellos saben que los remedios del Doctor Milton Freedman pueden ser fatales para el paciente. Después de todo, pueden leer inglés, y pueden escuchar las quejas de los hombres de negocios británicos. Muchos de ellos parecen incapaces de articular una posición que han tomado, de hecho, desde el New Deal [Nuevo Trato]. El sector público norteamericano ha sostenido al sector privado. Así los niveles de ingreso del pueblo norteamericano se duplicaron en los 40 años transcurridos desde finales de los años treinta, hasta finales de los setenta. Durante este periodo no existió la redistribución del ingreso: la quinta parte más pobre de los casatenientes representaban el cinco por ciento del ingreso; la quinta parte más rica tenía el cuarenta por ciento. El desarrollo de programas estatales de bienestar y el poder de compra de los asalariados (a través de la sindicalización), agrandaron el mercado doméstico y evitaron el resquebrajamiento social. Indignados por las regulaciones ambientales y de salud, por las medidas para la protección de los consumidores, por las tasas de impuestos que son difícilmente desfavorables por cualquier estándar comparativo, la élite empresarial norteamericana no ha evitado la crudeza y la vulgaridad en su reciente acometida contra el gobierno. Cuando un mínimo sentido de responsabilidad en sus propios intereses —a largo plazo— en la nación habría de dictaminar una seria revisión de las innovaciones, como la planeación nacional económica, en lugar de ello ha gastado decenas de millones de dólares (libres de impuestos) para promulgar ideas vacías de la “libre empresa”. Una ciudadanía, en gran medida resentida y suspicaz hacia las grandes corporaciones, no ha contraatacado con una visión económica alterna propia. Las nociones de “libre empresa”, la propaganda antigubernamental, no están de acuerdo con su imagen propia de la noción como un conglomerado de familias e individuos. Mientras tanto, claro, la nueva administración identifica el interés público, en tanto que lo concibe como un todo, con el interés del

sector corporativo de la economía. Los debates internos de la nueva administración serán los debates entre los fragmentos en competencia de ese sector.

La crisis energética inequívocamente agresiva ha sido usada por los defensores de una política exterior norteamericana para argumentar que los recursos de materias primas de la nación están en peligro. La manipulación soviética de los conflictos en cualquier lugar del mundo, según se le ha dicho al pueblo norteamericano, representa un nuevo y peligroso paso en la ofensiva soviética dirigida a la dominación del mundo. La afirmada irresponsabilidad, si no abierta cobardía, de nuestros aliados europeos (acusados de "finlandizarse" a sí mismos) se añade a la impresión de fragilidad de nuestra posición transmitida diariamente al público. La pieza central de este tríptico de un bloque norteamericano es, por supuesto, la descripción de una Unión Soviética de enorme y creciente fuerza militar. La tentación de los europeos está por un lado; por el otro, un mundo de coléricos cubanos, iraníes o vietnamitas, amenazando la tranquilidad norteamericana. Esta descripción del mundo más bien podría parecer teología, que un análisis sistemático de la historia moderna. Sin embargo, es escrita por un gran número de personas influyentes en nuestras élites.

El público, como un todo, no conoce mucho del mundo, sin embargo, existen lazos étnicos, por supuesto, con naciones y regiones particulares (en su momento oportuno, los hispanos en los Estados Unidos tendrán una enorme influencia en nuestra política exterior, pero ese momento no llega todavía). Millones han servido en el extranjero en guerras, más recientemente en Corea y Vietnam; no obstante, la experiencia histórica norteamericana es insular-incluso si la isla es un continente. Si hoy el pueblo alemán muestra poca inclinación hacia las aventuras militares en Europa (dicho de otra manera, carecen del valor de las convicciones del General Haig), es porque han aprendido algo de su propia experiencia. La última guerra que se peleó en tierra Norteamericana, que implicó frustración, privación y ocupación, fue la Guerra Civil, hace ciento veinte años, con lo que diez millones de norteamericanos no tienen una relación directa: sus ancestros llegaron al país posteriormente. Mientras tanto, lo que es literalmente inimaginable para el pueblo norteamericano (y no sólo para ellos) es la guerra nuclear. Los fraudes criminales como las ideas de una "guerra nuclear limitada" y "defensa civil" son discutidos en la prensa como si fueran ideas serias. Debe mencionarse, sin embargo, que un segmento de nuestra élite no objetaría una "guerra nuclear limitada", que se efectuara entre Bordeaux y Brest-Litovsk—pero esto es otro punto.

En estas circunstancias, las actitudes del público norteamericano muestran grandes áreas de rigidez ideológica con respecto a la

política exterior —y un escepticismo considerable acerca del precio que podría exigirse pagar para satisfacer las ambiciones históricas mundiales de nuestras élites. Asimismo, la respuesta a la toma de rehenes por los iraníes mostró una cantidad extraordinaria de autocompación, autojusticia, reminiscencia de la curiosa creencia por parte de un gran número de norteamericanos de que los nor-vietnamitas estuvieron realmente comportándose equívocamente al tomar prisioneros los aviadores norteamericanos, quienes habían bombardeado sus ciudades. Por otro lado, la limitación mostrada por la nación ha sido muy grande. Podemos decir que el público norteamericano aprueba la retórica de un enfrentamiento fuerte con nuestros enemigos, ya sea real o inventado; sin embargo, es curiosamente recalitrante al permitir que sus hijos sean reclutados, a renunciar a las ventajas de negociar con naciones consideradas como hostiles, y a dar a nuestros presidentes cheques en blanco para la intervención militar según su propio deseo. El público, **per contra**, no muestra una gran inclinación a cuestionar la futilidad y desperdicio de mucho de nuestro gasto militar, y la búsqueda de cada vez más complicados sistemas de defensa —operados por fuerzas armadas cuyos soldados son intelectualmente competentes para usarlos, en el caso de que deben funcionar a toda su capacidad. La aprobación pública del presupuesto militar, entonces, tiene el aspecto de comportamiento ritual: la creencia de que la inversión tecnológica puede desviar las elecciones políticas y el costo personal.

Las elecciones han sido descritas como un triunfo inequívoco para una nueva y más difícil época en los asuntos internacionales. Reagan ganó, sin embargo, solamente por dispersar sus ansiedades, profundamente arraigadas y expandidas, acerca de su propensión a invocar soluciones militares a problemas pequeños y grandes. En realidad, quienes votaron por él a causa del descontento general por el desempeño de Carter, reconocen que estas ansiedades todavía los agobian. El mismo Reagan ha declarado, recientemente, que no podría ahora promover nuevamente la conscripción: esto induciría a una “revuelta”. La educación pública, dijo, era necesaria. Gran parte de la campaña para convencer al pueblo norteamericano, de que peligros sin precedente nos amenazan (y mucho de la conducta de nuestra política exterior) está proyectada para legitimar las demandas de las élites que nos gobiernan. Sus enemigos, en muchos casos, no se encuentran en Hanoi, La Habana o Moscú sino en nuestros medios, nuestras universidades, y en esos sectores del Partido Demócrata (y un puñado de republicanos como los Senadores Hatfield y Mathias), los cuales apoyaron al anterior Secretario de Estado, Vance, quien se recordará, fue uno de esos miembros de la élite que obtuvo, del

desastre y corrupción de la guerra de Vietnam, la lección de que el precio del imperio fue demasiado alto. Los conflictos entre Brzezinski y Vance, dentro de la Administración Carter, son de esperar que continúen, en otra forma y bajo otra constelación de fuerzas, durante la Administración Reagan. Brzezinski representaba una visión del mundo que puede ser descrita como un globalismo combativo —interpretando cada disturbio— en un enteramente caprichoso equilibrio global, bajo la luz de un conflicto Maniqueísta entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Realmente Vance creía en la existencia de otras naciones, en la relativa autonomía de sus historias, y en la complejidad del mundo. También pensaba que si nuestra nación estaba por algo en este mundo, era por los “derechos humanos”. Ahora los “derechos humanos” han sido denunciados como una “abstracción” por parte de la cabeza del grupo Reagan, preparándonos para el cambio en la política exterior, en favor de un concepto que se cree es menos abstracto, es decir, los “intereses nacionales”.

Sin embargo, es precisamente en la lucha por definir el “interés nacional”, que nuestra élite (y, mejor dicho vagamente, el público) se divide. Nuestra élite está en este momento en un punto indispensable. Los académicos, los burócratas, los miembros del Congreso y el Senado, oficiales militares y publicistas, que son especialistas en política exterior, insisten en que continúe como hasta ahora. No tienen gran entusiasmo en establecer una democracia, si fuera posible, en la decisión de aumentar el acceso a la información; esto, en tópicos que ellos insisten en tratar como secretos. Si no fueran secretos, sus propias demandas para influir y acceder al poder se derrumbaría. La élite de política exterior reproduce, en su comportamiento, la ingenuidad de lobby de fabricación de armas. Además, es una industria de recursos —si es que tiene ideología. Severos conflictos lo dividen, algunas veces exagerado, con el propósito de obtener puntos en contra de aquéllos que ocupan cargos públicos y en favor de quienes los reemplazarán. Una oportunidad muy especial aguarda a algunos periodistas. Por varios años las propuestas para el control de armas y política exterior fueron muy discutidas en Washington por Richard Burt, para el *New York Times*. No hay duda de que el señor Burt se consideraba a sí mismo como objetivo, pero, de una u otra manera, manejó el asunto por un solo lado, en lugar de hacerlo conforme a diversas ideas. Ahora ha sido llamado para el nuevo gobierno —aunque el cielo lo prohíbe, debemos decir que a través de su posición de periodista, hizo campaña para obtener el puesto. Digamos que, aparentemente, no escribió nada excesivamente desagradable para sus nuevos patrones. Recordamos la opinión de Kissinger, cuando al dejar el cargo, se le preguntó si

esperaba una nueva idea sobre los asuntos internacionales por parte de nuestros profesores universitarios. Ciertamente no, replicó; desde el momento en que éstos esperan un cargo público. ¿por qué deben de pensar distinto que los burócratas?

La idea de nuestra élite en política exterior es, entonces, determinada por sus propios intereses en el engrandecimiento de su grupo. Sin embargo, ellos están en contacto con otras élites —y como ellos—, agobiados con la tarea de moldear ideologías coherentes, para explicar y justificar las políticas que recomiendan a la nación. Esas ideologías, ocasionales están enraizadas en concepciones de nuestra nación, sus valores y su rol histórico. Como todo lo demás, en nuestra sociedad, esas concepciones están en conflicto. Las elecciones no mostraron la existencia de un nuevo consenso en política exterior norteamericana. En realidad, la clara renuncia electoral de Reagan en la mayor parte de su retórica inicial, al nombramiento de un experto en reducciones presupuestarias al puesto de Defensa (con mucha sorpresa por parte de sus ambiciosos seguidores) y la determinación de los Demócratas en confirmar a Alexander Haig como Secretario de Estado, es una prueba de demostración de fuerza —si fuera necesaria al no existir consenso. Las posiciones básicas en el debate son variadas. Existen auténticos norteamericanos primitivos que piensan en la política mundial como un combate maniqueísta entre las fuerzas del bien (Norteamérica) y del mal (casi cualquier otra nación, pero principalmente una entidad llamada “comunismo”, el cual es responsable de todos los desórdenes que afectan a Norteamérica). Existen imperialistas realistas como Kissinger y el muy inteligente profesor John Hopkins, así como el profesor Robert Tucker (que podrían ser demasiado inteligentes y realistas para obtener un alto cargo en la Administración Reagan), quienes conciben a la política como una batalla de poder global, que reserva ironías sofisticadas para las ilusiones ideológicas (como ellos los ven) del próximo grupo. Asimismo, sin imperialistas moralistas que ven en Norteamérica una utopía realizada. Sus filas incluyen a muchos demócratas (después de todo fue el Partido Demócrata, el responsable del imperio norteamericano en su forma posterior de 1945 —y de las guerras de Corea y Vietnam). Un gran sector del movimiento sindical, principalmente el presidente de la AFL-CIO, Lane Kirkland, es atribuido a este grupo. Es este grupo un ruidoso crítico de los Europeos Orientales —y de los partidos de la Internacional Socialista. Sus principales enemigos, sin embargo, parecen no residir en el extranjero sino en casa entre los liberales críticos que gradualmente unieron a la oposición en la Guerra de Vietnam, apoyaron a McGovern, y que regresaron al gobierno en cierto grado bajo Carter y Vance. Es difícil el clasificar los últimos

tiempos poco memorables del Dr. Brzezinski —un imperialista moralista— que trató infructuosamente de convencer al mundo de que él era un imperialista realista. Él no debía ser considerado, en ningún momento, como un polaco: es un norteamericano con acento polaco. Los liberales críticos piensan que los Estados Unidos tienen responsabilidades morales acerca de la idea de libertad; es decir, de los derechos humanos y aún están preparados a reconocer que los Estados Unidos son una sociedad lejos de la perfección. A ellos les disgustaba la inigualable brutalidad y cinismo de Kissinger, pero les agradaba su concentración realista en un convenio con la Unión Soviética, así como su renuncia a la idea de un conflicto simultáneo con China y la Unión Soviética. Los liberales críticos, por supuesto, están realmente atemorizados por un holocausto termonuclear: los otros parecen pensar que un Dios liberal salvaría a Estados Unidos. Indudablemente, estas posiciones son un espejismo. Alexander Haig parece ser un imperialista realista con una retórica imperialista moralista. En cuanto al presidente Reagan, éste aparenta no comprender la complejidad de muchos de estos puntos. Su complejidad, en cualquier proporción, asegura una forma estática, puntualizada por erupciones ocasionales —en la conducta de nuestra política exterior—. La mayoría de nuestra élite es incapaz de reconocer una verdad de la cual el resto del mundo está consciente: el periodo de la hegemonía norteamericana ha terminado. Nuestra clase dirigente es la primera en la historia que dejó perder un imperio, a través de su propia grandiosidad e incompetencia, tan pronto como lo había ganado. Las contradicciones internas del intento por retener un simulacro de hegemonía son enormes. El público no está preparado para pagar el precio del imperio: una conscripción para las fuerzas armadas evocaría resistencia y tendría como consecuencia la inclusión de gente joven en la milicia, a quienes nuestros oficiales encontrarían difícil entrenar. Es más, un ejército de conscriptos suministraría aventuras en el extranjero muy difíciles políticamente, en consecuencia el público desearía conocer con precisión por qué se expone a sus hijos. Sin embargo, sin un servicio militar obligatorio, la calidad de nuestras fuerzas armadas debe permanecer baja. Asimismo la adquisición de equipo costoso, incremento en el presupuesto militar, presagian más inflación y no es garantía de que se incremente la seguridad militar. Las presiones sobre los aliados occidentales para incrementar su gasto en la OTAN tiene sus límites, y la amenaza de retirar las tropas norteamericanas de Europa es inútil. Una Europa Occidental abandonada a sus propios recursos militares mostraría solamente aquella autonomía que muchas de nuestras élites deploran. Una política rigurosa de oposición a gobiernos y movi-

mientos radicales en el Tercer Mundo, acarrea severas tensiones en la OTAN, así como el peligro de que se descubra el blof militar norteamericano. En América Latina, las naciones como México y Venezuela han hecho ya saber que no tolerarán una política de apoyo norteamericano a regímenes represivos en Centroamérica. El acceso a materias primas y mercados prometidos por nuestros imperialistas puede ser reducido o terminado como resultado de una mano dura en política exterior. Las Filipinas, Arabia Saudita y Zaire, pueden ser descritos como muchos Iranis —próximos a explorar. Finalmente, el rearme de China (urgida ahora por muchos que diez años antes insistieron en que la Guerra de Vietnam había de ser disputada hasta el fin, para detener las ambiciones chinas en Asia) ciertamente destruirá cualquier posibilidad de arreglo con la Unión Soviética. El simple hecho de mencionarlo, hace evidente el por qué aquellos alarmistas demandan respuestas inequívocas a problemas indisolubles. También se explica el por qué la Administración Reagan está resquebrajada entre sus facciones contendientes (primitivos, imperialistas realistas e imperialistas moralistas) y estará incapacitada para continuar un camino consistente en la política exterior. Indudablemente, mucho depende de los aliados de la nación. Por el momento, la nueva Administración se está preparando para informar a la Unión Soviética que, por el momento, no proseguirá con las pláticas sobre control de armamento —pendiente de una toma de decisiones. Este replanteamiento puede bien ser acelerado por una insinuación europea, al efecto de que una negativa norteamericana, para proseguir con las pláticas sobre control de armamento, será igualada con una negativa europea de proseguir con la colocación de proyectiles Euroestratégicos. En todo esto, uno de los supuestos objetivos de la política norteamericana, con toda seguridad, será relegado a un lugar totalmente secundario o terciario. Los Estados Unidos tienen una gran responsabilidad con la gente de Europa Oriental, con los disidentes y con las minorías étnicas y religiosas en la URSS (y el pueblo soviético) de adoptar políticas que ampliarán el horizonte de libertad en el imperio de Breshnev. Sin embargo, la libertad no es uno de los puntos principales en la agenda de nuestro gobierno.

Estas crisis serían suficientes para deformar cualquier sistema político. Nuestro propio sistema, sin embargo, no funciona más. Los fundamentos institucionales son muchos. La separación de los poderes, celebrada por Montesquieu fue, ciertamente, un remedio contra la tiranía del siglo XVIII. En su forma norteamericana, es un aparato que tiene el efecto de paralizar al gobierno. El Presidente debe tomar en consideración los poderes del Congreso, y de los Congresos de los Estados. La burocracia federal es una parte

inmanejable –una condición atribuida equivocadamente a su hipertrofia. El ministerio de justicia juega un papel de gran importancia política; sus decisiones afectan áreas enteras de la vida institucional. Estas, sin embargo, son elementos institucionales, los cuales son una precondition necesaria, pero no suficiente, de nuestra crisis política. Esta crisis tiene otros orígenes.

Uno de estos orígenes es la baja proporción de la participación política norteamericana. Pero el 51 por ciento del electorado participó en la elección presidencial. Ronald Reagan ganó el 27 por ciento de los votos del total del electorado (pero 51 por ciento del voto real). Su grado de apoyo popular, por lo tanto, es aritméticamente, aproximadamente, igual a aquél que gozó el Partido Comunista Italiano en su país. La mayoría de los ciudadanos con derecho a voto, que no participaron en el sufragio, son los más pobres y los menos educados, aunque un número sorpresivo de jóvenes votantes (y mejor educados) también se abstuvieron de votar. Nuestros partidos no son partidos masivos, y difícilmente son expresiones de movimientos sociales con profundas raíces históricas. En vez de ello, son coaliciones **ad hoc** sujetas perpetuamente a fuerzas centrífugas. Las alianzas **de facto**, en el Senado y el Congreso, con frecuencia rompen los lineamientos del partido: la unidad, mucho menos la disciplina, es desconocida.

Nuestras políticas son una parodia del mercado. Los grupos de intereses, divididos, atrincherados en sectores de los partidos, o establecidos soberbiamente arriba de ellos, hacen sus propias negociaciones con el Presidente, el Congreso, los departamentos y agencias federales. Mientras más rico es el grupo, mayores son los recursos de los que pueden disponer: acceso a los medios, los servicios de despachos de abogados (funcionando en nuestra sociedad como intermediarios, lobbystas y técnicos sociales en una muy vasta concepción de la "ley"), la fidelidad de los Congresistas y Senadores. La ausencia de una idea general norteamericana del interés público ha dejado un vacío. Dentro de ésta, las fuerzas reunidas con un interés desnudo se han desintegrado en un orden confuso, conflictivo y disperso. La coalición Republicana que derrotó a los Demócratas es heterogénea. Incluye representantes de importantes segmentos de capital a gran escala (algunos de los cuales son, seguramente, lo suficientemente cuidadosos como para apoyar a ambos partidos), de pequeñas empresas, que tomaron la retórica de la "libre empresa" con una mayor seriedad que sus colegas más sofisticados, en un sector privado que sabe cómo manipular al sector público. Existen grupos oprimidos aliados a suburbios o más o menos prósperos, que atribuyen sus penurias al "gobierno". Las divisiones culturales entre la clase media alta educada, la cual vota por los Republicanos y los fanáticos

provincianos de la "Mayoría Moralista", son muy grandes. Existe también un factor regional en el voto Republicano. El partido es el más fuerte en aquellas áreas (el sur y suroeste, el llamado Sunbelt: Cinturón de Sol, así como los Estados al oeste del río Mississippi), en donde los sindicatos y los grupos étnicos detrás del Partido Demócrata Moderno son los más débiles, y la empresa parece funcionar con mayor éxito; además, es fácil ofrecer una mayor resistencia a la intervención del gobierno. Esta resistencia es selectiva: los granjeros que votaron por los Republicanos no están muy unidos a la "libre empresa", ya que favorecen el fin de los subsidios federales, y las ciudades del Sunbelt (Cinturón de Sol), asimismo, se han beneficiado enormemente de los contratos de defensa y otras variedades de dádivas federales. El exSenador George McGovern ha dicho que él sabía que sería vencido, cuando habló con dos votantes en su estado de Dakota del Sur, en el momento que estaban adquiriendo alimento con los Cupones de Alimentos gubernamentales dados a los pobres; no obstante, le dijeron que votarían en contra de él porque había votado a favor de "entregar" el Canal de Panamá. La coalición Republicana también une a los proponentes del gasto de defensa y de una política exterior chauvinista e imperialista.

No debe pensarse que el Partido Demócrata es simplemente un espejismo de las formaciones social-democráticas del norte de Europa. Los Demócratas siempre han hecho un lugar para ciertos sectores de los negocios: los bancos internacionales, los medios y los grandes componentes de la industria de defensa han sido sobresalientes en sus concilios. Es verdad que la coalición del New Deal (Nuevo Trato) descansa en una alianza de los grupos étnicos y de la clase trabajadora (en tanto que éstos son distinguibles), los sindicatos, los negros, los hispanos, los católicos, los judíos y un segmento de la intelectualidad; sin embargo, esta alianza no impidió la elaboración de una estrategia de Guerra Fría por parte de los demócratas bajo Truman en 1948 y 1949. En realidad, el famoso documento que estableció un nuevo rol para Norteamérica (el Memorándum número sesenta y ocho del Consejo Nacional de Seguridad de 1949), fue explícitamente aprobado por los economistas e ideólogos del New Deal en la Administración Truman. La frase posterior, el Warfare-Welfare State (Estado de Bienestar y Guerra), es una descripción condensada de la continua modificación del gobierno norteamericano. Por otro lado, el elemento regional en el partido fue evidente en los resultados de las recientes elecciones: es el más fuerte en el noreste, en las ciudades en general. Tiende a perder volantes conforme éstos se vuelven más prósperos.

En resumen, ¿qué podemos decir de las dos coaliciones de la forma como emergieron de las elecciones? Mientras que para los

Republicanos, el más bajo común denominador además de la demanda de que la hegemonía global norteamericana sea restaurada, fue la creencia de que la prosperidad de la nación dependía en terminar (con frecuencia de manera totalmente ficticia) con las limitaciones gubernamentales sobre el sector privado, para los demócratas fue una creencia persistente en la necesidad de alguna intervención gubernamental en la economía y de un mínimo de redistribución. En general, también los votantes demócratas están más atemorizados por la posibilidad de una guerra termonuclear, más inclinados a apoyar las negociaciones para pactar secretamente con la crisis mundial. Sin embargo, existen hondas grietas dentro de cada coalición. Algunos republicanos pueden ser descritos, en lo que se refiere a los asuntos exteriores, exactamente como describiríamos a sus colegas demócratas, como imperialistas cultos o cautos. (Un número indeterminado de norteamericanos, varias decenas de millones aparentemente, creen que la Comisión Trilateral de David Rockefeller es un complot para preparar el camino para una unión federal de los Estados Unidos y la URSS.) Los grupos de interés específicos en el Partido Republicano pueden "rasgar los cielos" con sus ataques contra el "gobierno", pero cuando los subsidios y ventajas fiscales, así como contratos federales, están en juego, es fácil encontrarlos presidiendo la distribución de los despojos. Los importantes miembros en el Partido Demócrata (el senador Jackson, Moynihan y Nunn) son pregoneros en política exterior, y Brzezinski fue el consejero de Humphrey antes de su cuidadosa unión con Carter en 1975. Por otro lado, los trabajadores sindicalizados, empleados administrativos con tradición Demócrata, últimamente se han vuelto exasperados, debido al apoyo de su partido a las demandas económicas y sociales de los negros. (Sólo la mitad de los negros votan, pero de los que lo hacen, el 85 por ciento vota por los demócratas). Los casatenientes también han protestado por los aumentos en las tasas impositivas. Las incursiones substanciales de Reagan sobre grupos de votantes tradicionalmente demócratas (trabajadores industriales, católicos y sindicalistas), sin duda, fueron facilitadas por la erosión histórica de la coalición demócrata (en realidad ya evidente en las victorias de Eisenhower en 1952 y 1956, y en las victorias de Nixon en 1968 y 1972). Sin embargo, sería equivocado concluir que un realineamiento profundo del electorado norteamericano ha ocurrido. Cincuenta y uno por ciento del voto del Congreso y el Senado fue para los demócratas. Prominentes liberales o demócratas izquierdistas fueron finalmente vencidos en el Senado —Frank Church, el Presidente del Comité de Asuntos Internacionales, John Culver, un crítico bien definido de la defensa del establishment, y George McGovern, entre ellos. No obstante, fueron vencidos en estados

relativamente poco poblados. El Senado cambió de manos, y ahora tiene una mayoría republicana. El Congreso permaneció Demócrata, pero los republicanos, y los demócratas del ala derecha que probablemente voten con ellos en muchas iniciativas, incrementaron su potencia. En mucho la derrota Demócrata debe ser atribuida al nada convincente periodo presidencial y a la inepta campaña de Jimmy Carter. Es difícil saber cómo describirlo: fue un republicano de poco corazón, mal disfrazado como un Demócrata, o un tecnócrata moralizante ostentosamente falto de competencia política. Su política exterior varió: alternó compulsivamente entre la imagen empobrecida de la historia de Brzezinski y el sentido pedante de complejidad de Vance. En ningún caso tuvo éxito en comprender una dimensión pedagógica de la presidencia —su más importante, si menos tangible, privilegio. Su cómputo electoral final del 41 por ciento del voto (el seis por ciento fue el Republicano independiente John Anderson, cuya política exterior era la del ala relativamente culta del Partido Republicano) bajo las circunstancias, fue un tributo a la vitalidad de la coalición Demócrata —o un profundo temor a Reagan.

¿Qué será? Los Demócratas claman en demanda de nuevas ideas, pero la demanda procede de figuras públicas de convencionalidad persuasiva en el pensamiento. Los republicanos hablan de liberar las fuerzas creativas del sector privado. Donde no es un claro fraude, priva una ciega voluntad. La economía ha decaído a causa de la incapacidad de nuestro sector privado para distribuir las riquezas de la nación más equitativamente. Cada vez son más los grupos con privaciones y decadentes en nuestra nación. Las políticas económicas y sociales, cuyo objetivo de dar al mercado un mayor alcance, están atadas, más pronto que tarde, a inducir una fuerte intranquilidad social. La política exterior de los republicanos es, a su vez, un producto de las décadas de continuas fallas de nuestras viejas élites para educar a la nación, en un aspecto de historia humana que muchos norteamericanos no pueden captar del todo —que su nación no puede esperar gobernar el planeta. Las políticas anunciadas por los Consejeros de Reagan y por el General Haig —en tanto que no traerán una catástrofe termonuclear sobre la humanidad—, conducirán a desilusiones y traumas, al menos tan grandes como el Drama Iraní. Está por verse cómo responderán los norteamericanos comunes a la continua privación económica, y a la obstinada negativa de sus líderes para desarrollar políticas exteriores completamente diferentes. Una desagradable evidencia sugiere que una insurgencia protofascismo no puede evitarse. Los intelectuales norteamericanos, por el momento, parecen carentes de nuevos impulsos críticos. Muchos, lo suficientemente honorables, se rehusan a capitular ante la tendencia reaccionaria del

momento. Muy pocos, sin embargo, parecen tener ideas que trascienden los límites actuales del pensamiento social norteamericano. Una de las paradojas de mayor importancia de la situación es que las ideas que podrían introducir una nueva política norteamericana, parecen esperar a que surja esa política.